



# LA CADENA DE LAS NAVAS.<sup>1</sup>



## LEYENDA.

La leyenda no es la historia:  
donde esta empieza, aquella  
termina.



### I.

Rayaba el día, cuyos primeros albores se marcaban apénas en el encapotado cielo.

Triste era, en verdad, la madrugada del 1.º de Marzo de 1212.

Caía la nieve en gruesos copos sobre la helada tierra, despues de revolotear en el espacio gris y nebuloso á impulsos del viento zumbador, y espesa neblina contribuía á oscurecer la atmósfera con su palpable velo, que los rayos del astro del día no lograban disipar.

Ni el brillo del sol, ni el canto de los pájaros animaban aquel amanecer sombrío y silencioso.

A lo léjos, sobre las elevadas pardas murallas, se distinguían pequeñas y débiles lucecitas, cuyo resplandor se escapaba por las angostas saeteras de las torres que defendían el recinto.

Muy de tarde en tarde, algun hombre, que parecia una sombra,

---

(1) Composición premiada con *Una pluma de oro* en el certamen verificado en Pamplona en 1884. (V. pág. 357).

porque su cuerpo no la producía en el suelo, y la nieve apagaba el ruido de sus pasos, solía deslizarse á lo largo de las torcidas calles que formaban el viejo barrio de la Navarrería; y cualquier observador supersticioso hubiera tomado por trasgos ó fantasmas á los tales escasos transeuntes, á no revelar su corpórea naturaleza, ya el sonido metálico y vibrante del choque producido por la contera de una espada contra el férreo acicate, ya el reflejo plateado y fugitivo que lanzaba el acero de un capacete al recibir sobre su tersa superficie el resplandor débil y mortecino de algun farolillo colocado por manos piadosas ante los nichos que encerraban imágenes del Redentor Crucificado,

Pamplona dormía. El silencio y la calma reinaban en la antigua ciudad de Pompeyo.

## II.

Por una de las estrechas y oscuras callejuelas que conducían á la vieja muralla interior, vióse aparecer un bulto oscuro. Era un hombre, envuelto en tosco y lanudo tabardo, que, con paso diligente, se encaminaba á una casucha pequeña y miserable, adosada al muro de la Navarrería.

No podían distinguirse las facciones ni el talle del transeunte madrugador; pero la rapidez y seguridad de su marcha, la viveza y agilidad de sus movimientos, y hasta la monótona canción guerrera que tarareaba casi entre dientes, indicaban de sobra que el hombre era joven vigoroso y alegre.

Sin vacilar, y como aquel que á casa propia se dirige, llegóse á la que hemos citado y que, pegada al muro como una lapa á las peñas, parecía formar parte de la desigual fortificación. Detúvose y con el pomo de una enorme daga dió tres golpes sonoros y acompasados en las tablas de la desvencijada puerta, por cuyos intersticios se escapaba el rojizo resplandor de la luz que en el interior del humilde edificio ardía.

—¿Quién va? preguntó desde dentro una voz varonil y ruda.

—Yo, para serviros, seor Tristan, contestó el que llamaba.

Oyéronse unos pasos tardos y pesados, con acompañamiento de crujidos de hierro, la puerta se abrió, y el hombre del tabardo penetró en la casucha.

Era esta, como dicho queda, pequeña y miserable. El interior, (que constaba solo de planta baja, cuya altura, para estar á la de la costumbre de entonces no excedía de dos picas) se hallaba dividido en dos piezas por medio de una especie de tabique, compuesto, la mitad de tablas carcomidas, y el resto, de un viejo, deshilado y descolorido tapiz.

El mueblaje y adorno de la pieza donde penetró el recién llegado, era tan sencillo como extravagante. En el ángulo frontero á la puerta se veía un pequeño fogón, con rústica chimenea, bajo cuya enorme campana ardían algunos troncos de resinoso pino, alumbrando la estancia con sus rojizos resplandores. Dos tablas, colocadas horizontalmente junto á la pared, servían para sostener algunas vasijas de barro y otros utensilios de cocina; pero aparte tales accesorios, nada se veía allí que no revelase á las claras, la habitación de un hombre de guerra.

Pendía de dos escarpías un completo jaez de caballo; colgaban de clavos enormes, diferentes piezas de arnés, una fortísima rodela, un lanzon, una maza de armas, tres ó cuatro largas espadas y una magnífica ballesta; y en el ángulo más lejano y escondido, algunas pieles de carnero, sin curtir, y amontonadas, nó con mucho arte, parecían hacer el oficio de cama.

Extraño era el conjunto, y había en él algo de bravío y feroz, que se retrataba también en la figura del hombre que abrió la puerta.

Si era él, como lo parecía, el dueño de aquella mansion, preciso es confesar que el cubil parecía digno de la fiera que lo habitaba.

### III.

En la habitación que liemos descrito, había dos personas, del todo diferentes, pues lo eran en sexo, edad, ocupación y traje.

Un viejo, cubierto con pesado arnés, era el que había franqueado la puerta, y hecho esto, se sentó á continuar la interrumpida tarea de acicalar un largo montante.

Al otro lado del hogar, una bellísima jóven, con traje plebeyo, pero limpio y airoso, dirigía la mirada de sus hermosos ojos á una mala escultura de la Virgen, rezaba y lloraba.

No porque la presencia del viejo le impusiera, sino porque la actitud de la jóven le impresionó, detúvose en el umbral el visitante,

y descubriéndose con respeto, aguardó, caperuza en mano, á que la niña acabase su plegaría.

De su actitud le sacó la ruda voz del hombre armado, que decia con ágrío tono:

—¿Qué haces ahí, voto al diablo? Parécete que está el tiempo para que á puerta franca recibamos la nieve y el frio? ¡Entra, con todos los demonios, Iñigo condenado, y cierra por San Fermin, que me hielo!

Volvió en sí el interpelado, cerró la puerta, y sacudiendo su tabardo, que la nieve blanqueaba, dijo:

—Perdonad, seor Tristan, pero creí hacer bien, no interrumpiendo á Blanca en sus preces.

—¡Preces.... oraciones!.... gruñó el viejo guerrero; si con ellas pudiésemos vencer á esos perros moros, cosa sería de que el señor rey D. Sancho (y llevó la mano al almete) mandase contra la tal canalla, no sus hombres de armas, lanzas y ballesteros, pero un buen golpe de frailes y monjas.

Y el veterano se encogió de hombros con un gesto de soberano desdén.

—Así es, seor Tristan, dijo el otro, pero al fin, las mujeres....

—¡Cargue el diablo con las hembras! refunfuñó el adusto soldado; muchas horas há que Blanca me está aburriendo con sus temores. Y todo ¿porqué? Porque he de salir mañana mismo á la guerra.... ¡Bah!... ¡Como si no supiera ella que mi oficio es matar ó morir!... Pero siéntate, Iñigo, y dime lo que por acá te trae á tan tempranas horas.

Obedeció el recién venido, y sentóse al hogar, entre el viejo, que no dejaba de frotar su montante, y la jóven, en cuyos ojos podia leerse la satisfaccion que la matinal visita la causaba.

#### IV.

Era la muchacha alta, esbelta sin delgadez, de formas graciosas, mórbidas é incitantes; con grandes ojos castaños, rubios cabellos, alto y sólido seno, pié breve, encendidos labios, intachable dentadura, y manos de niña. Su edad, pasando de los diez y nueve años, no llegaba á los veinte.

Alto tambien, huesoso, membrudo, con una constitucion tan só-

lida como el bastion más firme de la muralla; negro de ojos, grises los cabellos y la poblada barba, velludo hasta las uñas, revelando en su aspecto la fuerza y la serenidad que da la costumbre del peligro.... Tal era Tristan, padre de la rapaza, y veterano en las guerras contra castellanos y moros, como hombre de armas del Concejo. Pasaba de los 50 años, pero se mantenía ágil, robusto, fuerte y erguido.

Iñigo Portillo, que así se llamaba el recién llegado, era un mancebo de 22 á 23 años. Menestral, curtidor de oficio, sentíase como humillado por la modestia de su condicion, que repugnaba á la altivez de su espíritu y al indómito valor de su pecho. Solo la necesidad de mantener á una madre anciana y achacosa, le hacia conformarse con el trabajo mecánico á que debían ambos la subsistencia.

Pero Iñigo, evidentemente, no había nacido para tan humilde estado, y lo mismo sus actitudes que su presencia, lo confirmaban así.

De regular estatura, ancho de hombros, dotado de unos brazos, cuya extraordinaria fuerza le había valido el apodo de Sanson que le daban sus compañeros de trabajo; Iñigo reunía todos los atractivos de la belleza varonil más completa, á los de una inteligencia mucho más despierta y educada que podía esperarse en aquel siglo de un hombre de su esfera y clase.

Iñigo y su prometida Blanca, debían formar sin duda, una magnífica pareja.

Porque debemos advertir que la hija del viejo Tristan de Olano, debía ser, en breve, esposa del curtidor Portillo, mediante acuerdo, por todos aprobado, aunque no sin regaños del veterano hombre de armas, que gruñía por costumbre, aunque no ignorase las excelentes cualidades de su futuro yerno el joven menestral.

Una cosa, sin embargo, disgustaba de véras al vetusto guerrero.

Reconocía que Iñigo, merced á la destreza adquirida en su oficio, mantendría con desahogo, dentro de su humilde posicion, á Blanca. Por esta parte, nada tenía que decir.

Pero... ¿y él?

Su antiguo y bien templado arnés de Vizcaya, su buena loriga milanés, á prueba de lanza y dardo, su hacha de armas, su espada de combate ¿habían de enmohecerse en un rincón cuando él, muerto en la guerra, ó viejo é inútil para el servicio, no pudiese ya usar los militares arreos?

¡No dejar un sucesor en su oficio! Tal idea sublevaba y conmovía al viejo soldado.

¡Todos en su familia, de padres á hijos, fueron hombres de armas! ¿Le estaría bien permitir que un menestral pacífico é inofensivo heredase las gloriosas preseas que tantas veces habian brillado en crudas y sangrientas batallas?

## V.

Sentados al hogar, Blanca, Tristan é Iñigo, reinó el silencio un momento en la reducida estancia. Los dos amantes se contentaban con mirarse, y sus ojos entablaron sin duda dulce dialogo, puesto que ni la doncella ni el mancebo parecian dispuestos á emplear otro lenguaje. El viejo soldado seguia frotando con un pedazo de piel de gamuza la hoja de su montante. El viento que zumbaba fuera y el fuego que chisporroteaba dentro, eran los únicos rumores que se oían allí.

De pronto Tristan de Olano, que sin duda creyó acabada su tarea, arrojó la gamuza, apoyó ambas manos en los gavilanes de la espada y la luenga barba en la cabeza de leon que terminaba la empuñadura, y mirando fijamente á Iñigo, exclamó:

—Y bien, maese Iñigo, ¿no trabajamos hoy, ó es que la hora no ha sonado todavía?

Sonrió el mancebo, y, aunque no sin algun embarazo, acabó por contestar:

—Señor Tristan... no tengo por qué acudir á tales menesteres, puesto que ya nada me importan.

—¡Ah! ¿Y cómo así? preguntó Tristan.

—¿Qué dices, Iñigo? exclamó Blanca.

—La verdad, replicó el mancebo.

—¿Cómo? insistió en preguntar el soldado.

—Como que.. con permiso vuestro, he dejado el oficio, y... ahora soy...

—¿Qué eres, desgraciado? rugió más bien que preguntó Tristan.

—Soy, desde anoche, y para serviros, ballestero en la mesnada del muy noble señor D. Gutierre de Lodosa, que, con sus gentes de guerra, se apresta á seguir á nuestro buen rey D. Sancho en la alianza que contra moros ha hecho con D. Alonso el de Castilla.

A esta repentina é inesperada nueva siguió un corto silencio.

—¿Tú? exclamó al fin con acento indefinible el viejo.

—¡Tú! dijo dolorosamente Blanca.

—¡Sí, yo! respondió con energía el artesano.

Tal prisa se dió Tristan á levantarse para abrazar al jóven, que derribó el escabel en que se hallaba sentado, arrojó la espada y dejó caer el almete que cubria sus cenicientas guedejas, mientras, con la alegría retratada en el semblante, repetia lleno de entusiasmo, estrechando en sus brazos al curtidor.

—¿De véras, Iñigo? ¿Has abandonado al fin esa mecánica y servil labor para consagrar tus bríos al noble ejercicio de las armas? ¡Ahora sí que veo en tí un hijo, un digno sucesor, y un buen esposo para mi Blanca! Doliérame, á fé, darla á un menestral indigno de apreciar el valor de la sangre que por sus venas corre.

Correspondió el jóven cumplidamente á tales muestras de afecto y alegría, pero sin apartar los ojos de Blanca, cuyo hermoso semblante habia palidecido hasta el punto de parecer una bellissima figura de mármol.

## VI.

Entusiasmado el viejo Tristan, agotó la elocuencia sui generis que habia adquirido en sus campañas, elogiando la cuerda, prudente y valerosa resolucion del jóven Iñigo. Hízole presente que, con tal conducta, se habia elevado cien codos sobre todos los menestrales habidos y por haber, asegurándole, por último, que, dados su valor, fuerzas, y sangre fria, podia y debia aspirar á salir de la humilde condicion plebeya, haciéndose digno, por virtud de sus puños y corazon, de calzar algun dia la dorada espuela de caballero.

—¿Y por qué nó? se decia Iñigo, soñando despierto con la gloria y la fortuna.

Así es la flaca y débil naturaleza humana. El eco de la adulacion, la voz de la lisonja, repercuten siempre con fuerza, hasta en el corazon mejor templado.

Poco á poco, las tristes miradas de Blanca no fueron para Iñigo más que indicios de la cobardía femenil. Inflamado por las palabras del viejo soldado, figurábaseya ser un héroe de aquellos que los antiguos romances pintan. Se veia vencedor, caudillo ilustre, aclama-

do, vitoreado, y objeto á la vez de la admiracion y del temor de sus conciudadanos.

¡Cuán fácilmente se forjan esos hermosos sueños, sobre todo, á la edad que Iñigo contaba!

—¡No hay duda! repetia con calor el viejo soldado del Concejo; la declaracion de guerra hecha por el rey D. Alonso de Castilla, nuestro aliado, d los moros, te dará ocasion de ganar fama y renombre

Nuestro buen rey D. Sancho, no en vano llamado el Fuerte, acudiré á la guerra, y júrote por mi ánima que, acaudillados por él, hemos de hallarnos en sitio donde se bata bien el hierro; que no es D. Sancho hombre que alli va para estar ocioso. ¿Y los caudillos que á sus órdenes lleva? Figúrate, hijo mio, que, aparte las particulares mesnadas, manda las lanzas de los concejos de Pamplona y Tudela el siempre valeroso y osado capitán D. Tello de Fúnes; los hombres de armas y arqueros, iremos bajo la conducta del heróico Guillen Labiano, el valiente entre los valientes; ballesteros, piqueros y gentes de honda, manda el ilustre y guerrero señor de Olant, y, aparte de las mesnadas que obispos, abades y concejos aprestan, concurrirán á las jornadas tan bravos adalides y nobles caballeros como el baron de Subiza, el Condestable de Navarra, con sus lanzas y mesnaderos, el del Bearn, D. Lope de Luesia, D. Jimeno de Ochoa, y otros muchos ilustres capitanes y campeones valerosos. Con estos, las gentes de Castilla, Aragon y Portugal, y las legiones extranjeras que de luegas tierras vienen á ganar la indulgencia prometida por el Papa Inocencio, dígoté, Iñigo, que de esta vez liemos de dar á los infieles tal leccion y tan dura, que no les salga el miedo del cuerpo á tres tiros, ni aun á cuatro si se ofreciese. Pésame solo que seas balletero y no jinete, pues, á más de los veinte sueldos de soldada que á los montados dá D. Alonso, tendrás que contentarte con los cinco secalados d los peones, y te será más difícil hacer notar tu brio en las jornadas. ¡Házte, por vida tuya! con un caballo, esgrime la lanza ó el montante en vez de lanzar dardos y venablos de léjos, y piensa que tal vez las espuelas de caballero, con su carta real de hidalguía, te aguardan detrás del primer escuadron de moros con quien topemos de camino.

No era necesario lenguaje tal para excitar la imaginacion impresionable del jóven balletero: Inflamado en guerrero ardor, poseido de la ambicion noble y legitima de quien á altas empresas se juzga

destinado; sin hacer caso de las lágrimas que silenciosamente vertía su adorada Blanca; sin pensar más que en el combate, en la gloria y en la fortuna, levantóse, enderezó su esbelto cuerpo, y entreabiertos sus labios por anhelosa respiración, coloreadas sus mejillas por la emoción que sentía, brillantes é injectados sus ojos por el entusiasmo, dijo con voz sonora y firme:

—Bien, seor Tristan. ¿Creeis que debo ser jinete? ¡Lo seré! ¿Entendeis que puedo ganar la espuela de caballero? Pues ahora lo juro aquí, ante la santa imágen que ha escuchado las plegárias de mi Blanca querida. ¡Seré caballero, lo seré, ó perderé la vida en la demanda!

Y el jóven, puesta la mano izquierda sobre el corazón, extendida la derecha hácia la tosca imágen, y elevados al cielo los ojos, parecía querer tomar al cielo todo por testigo de su solemne y osado juramento.

## VII.

Amanecía.

La luz de la aurora, á pesar de la niebla y de los remolinos de nieve que oscurecian el firmamento, iba venciendo á las sombras de la noche, y los objetos empezaban á distinguirse con alguna claridad.

Por la angosta callejuela, á cuyo fin se hallaba la casucha de Tristan de Olano, avanzaban tres hombres, armados y embozados todos ellos.

A nadie podía llamar la atención tal equipo, porque la fiebre de la guerra se había apoderado de navarros, leoneses, aragoneses y castellanos, y todos los hombres útiles para la guerra, vestían ya de ordinario el arnés, como si tratasen de familiarizarse con aquellos rudos y bélicos atavíos.

De los tres hombres que liemos mencionado, el uno caminaba delante; los otros dos, aunque le seguían á corta distancia, manifestaban una actitud, tan respetuosa y humilde hácia el primero, que sobradamente indicaba la superior categoría de aquel embozado, caudillo sin duda de alta esfera, cuando dos nobles—que tales parecían ser los otros—contamánia consideración le trataban.

De repente se detuvo el que caminaba delante, y sin volverse apénas, exclamó:

—¿Lo veis, D. Tello? Con razón os dije que de soldados bisoños

poco ó nada bueno puede esperarse. ¡Id, con mil diablos, y decid á vuestros mesnaderos que no es así como se vigila en la guerra, y frente al enemigo! Ved aquella atalaya abandonada. ¿Dó está el guarda que debiera cubrirla? Id, id, D. Tello, y procurad que esto no vuelva á suceder!

Inclinóse uno de los embozados, y con paso apresurado se dirigió á la muralla, mientras el que diera las órdenes anteriores desahogaba su mal humor diciendo al otro:

—¡Sabeis, D. Garcia, que si os creo y no salgo á rondar en persona, hubiera formado una idea muy equivocada de las gentes con que hemos de ayudar al rey de Castilla?

—Señor.... murmuró inclinándose el caballero.

—¡Basta! interrumpió secamente el embozado. Por mi dicha, he adquirido la costumbre de ver las cosas, y sobre todo las cosas de guerra, por mí mismo; por lo cual no es fácil que el engaño me ciegue. Veo, con dolor no escaso, que, á juzgar por las señales, no tendré, entre mis nuevos soldados, ni un discreto, ni un valiente. ¡Dios sabe cuánto me pesa de ello, pero si así lo tiene dispuesto, paciencia, y cúmplase su voluntad!

Y para demostrar, sin duda, su resignacion, el embozado, rechinando los dientes, dió un violento golpe en el suelo con la contera de su espada, que se ocultó más de dos palmos bajo la nieve.

En aquel instante, la puerta de la casucha se abrió, y salió de ella el ex-curtidor Iñigo Portillo.

El jóven, ébrio de gloria soñada, merced á las incesantes insinuaciones del viejo soldado, en nada reparaba, ni queria reparar.

¡Un caballo! He aquí su anhelo.

¡La espuela dorada! He aquí su idea fija.

Dados tales antecedentes, se comprende con facilidad que el nuevo guerrero se hallase muy dispuesto á probar sus bríos con el primero que viniese á mano, y este fué, por suerte ó por desdicha, el enojado caballero que acababa de manifestar su descontento de una manera que no revelaba un carácter blando, ni mucho ménos.

PEDRO GORRIZ.

(Se concluirá.)





# LA CADENA DE LAS NAVAS.<sup>1</sup>



## LEYENDA

La leyenda no es la historia:  
donde esta empieza, aquella  
termina.

(CONCLUSIÓN.)

### VIII.

—¡Hágase allá el villano!

—¡El villano lo será él y toda su ralea!

—¡Deslenguado!

—¡Alto ahí, D. García! exclamó el primer embozado, conteniendo al otro, que, con la espada á medio desenvainar, avanzaba en direccion á Iñigo, quien se puso en defensa, empuñando su enorme daga.

Iñigo no habia tenido por conveniente ceder el paso al desconocido que caminaba delante, y tal era el motivo de la reyerta.

El curtidor, parado, y con la mano puesta en el pomo de su daga, esperaba el ataque. El desconocido se dirigió á él, y con voz sorda pero enérgica, le dijo.

---

(1) Composicion premiada con *Una pluma de oro* en el certámen verificado en Pamplona en 1884. (V. pág. 357).

—¡Plaza, pechero!

—¡No pecho ya! respondió con no ménos energía el jóven.

—¿Quién eres tú?

—Un balletero de la mesnada de D. Gutierre de Lodosa, señor de Aybar y de Sangüesa.

—¿Hidalgo?

—Lo seré, si Dios me ayuda.

—¡Bah! exclamó desdeñosamente el encubierto. ¡Un villano!

—Tan bueno, tan honrado como vos, replicó impetuosamente el jóven, y con más corazon que vos para hacer que me respeten nobles ó plebeyos.

—¡Desgraciado! exclamó el otro desenvainando su espada, en lo que le imitó el embozado que le seguía.

—¡Bien por Dios! dijo sonriendo con ironía Iñigo; dos sois, espada en mano, contra un hombre solo, y que únicamente dispone de una daga. ¡Buena prueba es esta para mí del valor que alienta en los hidalgos pechos!—

Un rugido de cólera que lanzó el desconocido, fué la contestacion á esta provocacion audaz.

En seguida, la espada cayó sobrela nieve, cayó, á su lado, la capa, y el armado caballero se precipitó, rápido como una centella, sobre el artesano.

Iñigo, despues de dar un paso atrás, para tener tiempo de envainar su daga, recibió á su adversario, y una lucha, á brazo partido, se entabló entre ambos.

Confiaba el curtidor en su prodigiosa fuerza, merced á la cual disfrutaba el apodo de *Sanson*, y creía fácil empresa vencer al caballero, cuyos movimientos dificultaba la completa y pesada armadura que vestía.

Pero se equivoca el menestral. Su contrario poseía una fuerza, si no superior, por lo ménos igual á la suya, y por primera vez se encontraba el jóven con un adversario cuyos brazos no cedian á sus brazos, y que lejos de perder tierra al violento impulso de sus sólidos puños, empezaba á dominarle, y aun á hacerle vacilar sobre el resbaladizo suelo que pisaba.

La cólera que cegaba á Iñigo, hizo un verdadero milagro. Loco de coraje, rechinando los dientes como un condenado, hizo un esfuerzo verdaderamente sobrehumano, y levantando entre sus brazos á

su enemigo, se preparó á lanzarle violentamente contra la muralla cercana.

Pero en aquel momento, una mano dura como el hierro y como él pesada, asió al artesano por el cuello, y á la violenta sacudida que le imprimió, rodaron sobre la nieve los dos adversarios, aunque con desigual fortuna. El caballero se levantó con ligereza; Iñigo al tratar de hacer lo mismo, encontró una robusta rodilla pesando sobre su pecho y la punta de una daga á dos dedos de su garganta. El compañero del desconocido era quien de tan brusca manera había intervenido en la contienda.

—¡No te muevas, ó eres muerto! exclamó con voz ruda el hombre de la daga.

—¡Basta D. García! dijo en son de mando el desconocido; dejad á ese mancebo, que se levante y yo lo vea. Quiero conocerle.

—Señor.... murmuró el de la daga.

—¡Lo quiero! añadió enérgicamente el primero.

Apartóse el otro, y dejó libre á Iñigo, que se levantó, entre colérico y confuso.

—Acércate, mancebo, ordenó su adversario.

El imperio de aquella voz era tal, que nuestro novel balletero, á pesar de su cólera, no pudo dejar de obedecer. Acercóse, pues, aunque con ademan receloso, y, contestando á las preguntas del desconocido, declaró su nombre, su estado, su situacion y sus ambiciones.

Sonrió el caballero al escuchar la cándida confesion de las aspiraciones del artesano á la dorada espuela, pero despues, con acento de bondadosa proteccion le dijo:

—Bien, jóven, muy bien. Eres el primer hombre que me ha hecho perder tierra en la lucha, y esto, que para otro sería motivo de mortificacion, lo es para mí de simpatía. Veo además que tu valor iguala á tus fuerzas, y no dudo que llegarás á ser un buen soldado.

—¡Oh... sí! exclamó Iñigo; pero á pié....

—Es cierto, replicó el otro. ¿Qué deseas? ¿Ser jinete? Pues lo serás. Preséntate mañana, ó mejor hoy mismo, al preboste de los hombres de armas del Rey D. Sancho, y dile que te encomiende á un capitán de la mejor corneta de jinetes, quien ya tendrá órdenes, y te proveerá de montura, y de todo lo necesario al servicio de hombre de armas.

—¡Cómo!... ¡Será posible? gritó Iñigo enagenado de alegría.

—Será seguro, puesto que yo te lo digo.

—¡Ah! Bendito seais, señor, que me dais tamaña ventura! Perdonadme si..

—¡No más! dijo el desconocido. Haz lo que te he mandando, y no olvides que en breve partiremos todos para la guerra. ¿Deseas ser caballero?... pues bien, gana tus espuelas frente al enemigo, y entonces, yo te juro que el rey lo sabrá, y te ceñirá la espada ante el altar de Santa María de Pamplona.

—¡Oh! exclamó lleno de entusiasmo el jóven; yo os juro ser el primero en la acometida, y el último en la retirada. Yo os juro que á ningun otro cedere en valor y que no habrá en el real de D. Sancho de Navarra, quien, mientras yo tenga vida, me aventaje.

—Allá lo veremos, respondió el caballero. Y ahora queda con Dios, y piensa que en el campo de batalla hemos de encontrarnos, donde me darás cuenta de tus hechos.—

Y sin aguardar respuesta hizo una seña á su compañero, y, seguido de este, desapareció con paso rápido, entre la niebla que poblaba la turbia atmósfera.

## IX.

Acababa de sonar el toque de ánimas.

Un guerrero jóven y de hermosa presencia, cubierto con resplandecientes armas, llamaba á la puerta de la habitacion del viejo Tristan.

Iñigo era aquel guerrero, en tal convertido por la cumplida promesa de su adversario, y no era otro su objeto que despedirse de su amada Blanca, al partir para Toledo, á donde debian encaminarse las tropas de Navarra al día siguiente.

Lágrimas, juramentos de fidelidad, proyectos de ventura para cercanos días, temores y esperanzas; de todo hubo en la entrevista de los dos amantes, libres de la presencia del viejo Tristan de Olano, que habia salido ya de Pamplona, con la mesnada del Concejo.

—Blanca mia, dijo Iñigo al despedirse de su prometida; he jurado ir á la guerra para volver noble, y cumpliré mi juramento. Sé que el rey tendrá en cuenta mis hechos, y quiero que sean tales, que me calce la espuela y por ello se felicite. Si muero, llórame, puesto que

me amas; si vuelvo vivo y no vencedor, aborrece en mí al cobarde villano que al amarte, no supo merecerte.

Y mientras la jóven, llorosa y turbada, buscaba en vano palabras con que responderle, estrechó y besó su mano el antiguo menestral, y tomó rápidamente el camino del Alcazar, haciendo resonar en la estrecha calle, el ruido marcial de sus espuelas.

## X.

Era un lunes, á 16 de Julio de 1212.

El ejercito cristiano, compuesto de muchas y muy diversas gentes, se preparaba á librar sangrienta batalla con las huestes agarenas, acampadas en la llanura de las Navas.

Puestos ambos ejércitos en órden de combate, ocupó D. Alonso de Castilla una altura desde la cual, á guisa de general en jefe, dominaba todo el campo de la pelea, y ordenó á sus haces avanzar hácia el enemigo.

Mandaba la vanguardia D. Diego de Haro; el centro, D. Gonzalo Nuñez, y la retaguardia el rey D. Alonso. D. Sancho el Fuerte de Navarra, con sus bravasgentes, ocupa el ala derecha, y cubria la izquierda, con los suyos, el rey de Aragon.

La confianza de los agarenos en la victoria era grandisima; la flaqueza de las tropas cristianas, evidente.

Las huestes extranjeras, que algunos dias ántes habian abandonado el campo y regresado á sus respectivos países, eran numerosas. ¿Podrá compensarlas el escaso número de navarros que traia D. Sancho, aunque á él se sumasen los diez mil portugueses que desde su país venian, ansiosos de gloria y de pelea?

Dudoso, por demás, era el éxito del combate. Los castellanos, derrotados en Alarcos, carecian de la confianza en sí mismos que tanto influye en el éxito de lances tales; los aragoneses, aunque buenos, no eran muchos, y pocos eran los navarros. ¿Qué sucederia allí?

El rey de Castilla, jefe supremo de la triple alianza, acaso más por desesperacion que por valentía, no quiso pensar en ello, y dió órden de presentar la batalla, resuelto á morir ó á vencer en ella con todos los suyos.

Poco ántes de que los clarines diesen la señal de avanzar, dos

hombres de armas hablaban á la puerta de una tienda en el campamento de D. Sancho el de Navarra.

El uno era j6ven; viejo el otro. El primero se llamaba Iñigo; el segundo Tristan; aquel estaba inquieto, nervioso, agitado; 6ste tranquilo, sereno y sonriente. Eran la inespencia y la madurez, el valor impetuoso del recluta y la cordura fria del veterano; el noble anhelo de la edad juvenil, y la pausada conducta de la edad madura. La impaciencia dominaba al j6ven; la costumbre del peligro habia dado calma y serenidad al viejo.

—¡No hay que precipitarse, muchacho!, decia sonriendo Tristan. Herir, sin prisa, con certeza, y sobre todo, guardar la piel como cosa que no tiene relevo, es lo que en estos casos ha de procurar todo el que sabe el oficio. T6nlo bien presente si quieres hacer algo bueno.

—¡La piel!... ¡Bah! ¿Qui6n piensa en eso? dijo desdeñosamente el j6ven.

—Pienso yo, y debes pensar t6, y todo el que tenga sal en la mollera, hijo mio, respondi6 el viejo soldado.

—¡Ah! ¡Yo no pienso m6s que en ganar mi ejecutoria! exclam6 Iñigo; sin ella no me prescrito á Blanca.

—¡Bah, bah!... niñerías! Content6monos con salir libres de este chaparron de perros moros que se nos viene encima, y despues...

Un clarin cercano lanz6 un toque sonoro y prolongado, interrumpiendo al viejo guerrero, que se volvi6 r6pidamente, lo mismo que su interlocutor, para ver lo que motivaba aquel b6lico aviso.

Un lucido, aunque corto escuadron, desfil6 ante ellos. Al frente, cabalgando en un magnifico potro, negro como el azabache, iba un caballero, cubierto con soberbia armadura, y en cuyo casco servia de cimera una diadema dorada, terminada por un penacho de blancas plumas. Su brazo izquierdo sostenia un escudo bermejo, y en la mano derecha llevaba una pesada y cortante hacha de armas.

Al ver á aquel hombre, que al pasar recibia los respetuosos saludos de los soldados, lanz6 Iñigo un grito de sorpresa. El caballero debió oirlo, puesto que volvi6 los ojos hácia el j6ven guerrero, y una ligera sonrisa se dibuj6 en sus l6bios.

Absorto Tristan en contemplar y saludar con marcial continente al caudillo, nada habia notado, hasta que Iñigo, tir6ndole de la falda de la loriga le distrajo de su contemplacion.

El mancebo se hallaba p6lido y agitado.

—¿Qué diablos tienes? preguntó Tristan. Apostamos á que, despues de tantos alardes, han acabado por darte miedo esos perros?

—¡Miedo.... á mí! exclamó con desprecio el jóven.

—Pues entónces....

—Decidme, seor Tristan; ¿quién ese caballero al que acabais de saludar, y que nos ha mirado sonriendo?

—¿Ese caballero? ¿Hablas del que ha pasado jinete en un caballo negro, y al frente de los nobles de Navarra?

—Sí, de ese hablo, repitió impaciente el jóven. Decidme quién es, si lo sabeis vos.

—¿No he de saberlo, rapaz? Ese es el muy alto y poderoso señor D. Sancho octavo, el *Fuerte*, amo nuestro y rey de Navarra.

—¡El rey! exclamó sobrecojido el mancebo.

—¡El más bravo de los reyes! dijo con orgullo el veterano del Concejo. ¿No le conocias?

El jóven hizo maquinalmente un signo negativo; habia reconocido al hombre con quien luchó un dia no léjos de la casucha de Tristan.

Iba á contar á este lo ocurrido, cuando el clarin se dejó oir de nuevo, llamando á las filas á los soldados del ejército navarro.

Iñigo y Tristan, despues de abrazarse y despedirse afectuosamente montaron á caballo, y corrieron á incorporarse á sus respectivos escuadrones.

El jóven, lleno de preocupacion, repetia:

—¡Era el rey!... el rey!..

Pero de pronto, alzando con orgullo la cabeza, dijo:

—¡Y bien! Tanto mejor; así sabremos lo que cada cual de nosotros vale.

## XI.

Horas hacia ya que la batalla habia empezado, y el éxito era dudoso todavía.

En el centro, los castellanos habian conseguido algunas ventajas sobre los infieles; en el ala derecha, donde solo peleaban las tropas de los Concejos, se equilibraban las probabilidades. Solamente el ala izquierda, donde cargaba sobre los aragoneses infinita muchedumbre de los mejores guerreros africanos, empezaba á ceder.

El temor es rápido y fatalmente contagioso, Pronto el centro si-

guió el ejemplo de la izquierda, y, por un momento, abrigaron los moros la seguridad de cantar victoria.

La desesperacion del rey castellano era inmensa. Desenvainó su espada, arrimó los acicates á su caballo, y, seguido de sus mejores capitanes, lanzóse en persona á la pelea.

Pero ántes de partir, volviéndose á D. Guillen de Castro, que cerca de él se hallaba, le dijo:

—Id, D. Guillen, y decid al rey de Navarra que ya solo en él confio. Decidle que hoy hemos de vencer ó morir y que, si no vencemos, busque mi cadáver entre los de mis leales soldados.

Corrió el noble D. Guillen á cumplir la órden recibida, mientras D. Alonso procuraba en vano, á fuerza de valor y audacia, infundir á los suyos algun aliento.

¡Inútilése esfuerzos! Los aragoneses que eran uno contra ciento, cedian al número á pesar de su heróico valor; los castellanos les imitaban, y el triunfo de los infieles no era ya dudoso. Mahomad, el rey moro, se hallaba á la puerta de su tienda, rodeada de robustas cadenas de hierro, dispuesto á disfrutar el grato espectáculo de su victoria.

Pero, de pronto, vióse avanzar por la derecha, y hácia el centro del ejército infiel, una masa compacta de guerreros, sobre cuyos fêrreos y brillantes cascos tremolaba el rojo estandarte de Navarra.

Cual avalancha irresistible á cuyo impulso no hay nada que resista, y que rueda de lo alto del monte á lo profundo del valle, tronchando los árboles, arrastrando las rotas, derribando y destruyendo todo cuanto á su paso encuentra, así el ejército navarro, ciego de furor y loco de entusiasmo, penetra, siguiendo á su rey, entre la apiñada masa de los agarenos, matando, destrozando, bañándose en caliente sangre, produciendo, en fin, tan horrorosa carnicería, que los moros, asombrados de tanto valor y aterrados por aquel inesperado y terrible ataque, invirtieron bien pronto los papeles, cediendo el campo á su vez y convirtiéndose de perseguidores en perseguidos.

El terror entró en las filas enemigas, y en breve el desórden vino á sucederle. D. Sancho, cuya hacha chorreaba sangre por el mango, se batia en primera fila, revolviéndose como un leon, y arrebatando una vida de cada golpe; sus caudillos le imitaban, los soldados, enardecidos por el ejemplo hacian prodigios de bravura, y pronto fué tal el pánico de los moros, que ni aun á defenderse acertaban, arrojando las armas, y pidiendo piedad y compasion con lastimosos gritos.

Animados con esto, castellanos y aragoneses cargaron bravamente sobre los enemigos, y la victoria, desde entónces, dejó de ser dudosa para las armas cristianas.

Cerca de la tienda de Mahomad la lucha era terrible. Un escuadron de moros almohades, gente briosa y escogida, noble y valiente, rodeaba aquel recinto. Los navarros, con su rey D. Sancho á la cabeza, habian resuelto apoderarse de la tienda real, tenazmente defendida, y los golpes menudeaban, y la sangre corria por ambas partes sin que ni unos ni otros consiguiesen su objeto.

De pronto nótase un movimiento extraño en las filas de los infieles; muchos de estos, como si hubiesen sido atacados por la espalda, se vuelven y huyen del combate; D. Sancho vé la ocasion y la aprovecha. Lanza hácia adelante su caballo, levanta el robusto brazo, y de un hachazo formidable, rompe la férrea cadena, y penetra, seguido de los suyos en el disputado recinto, sembrando á su paso la destruccion y la muerte.

Desde aquel instante, la batalla podia darse por terminada. Los árabes huian en todas direcciones, á fin de escapar á la terrible cólera de los vencedores, que se cebaban en ellos con saña cruel.

D. Sancho, sin apearse de su caballo, se acercó á la tienda del rey moro, pero ántes de llegar á ella, se presentó á él un hombre de armas, y prosternóse con respeto al encontrarle.

Era un jóven que, cubierto de sangre el rostro, lo mismo que las manos y que el hacha que en la derecha sostenia, venia á pié, sin casco, cubierto de sudor y de polvo, á presentar al rey una bandera verde, en cuyo fondo se veia una blanca media luna, y un trozo de cadena, que sobre los hombros traia.

—¡Inígo! dijo el rey al reconocerle.

—El mismo, señor, respondió el jóven. Creo haber pagado mi deuda, y espero que me digais si estais contento de este soldado bisoño, que por serviros daria cien vidas, si las tuviese.

—¡La bandera de los almohades!... ¡La cadena! exclamó el rey; luego ¿has penetrado en el recinto ántes que yo?

—Al mismo tiempo, señor, contestó inclinándose con modestia el artesano; á vuestro lado no puede haber más que valientes, pero ninguno tanto como el rey D. Sancho de Navarra.

Sonrió el *Fuerte*, apeóse de su corcel, y abrazando al curtidor le dijo:

—Tú, humilde hijo del pueblo, me has vencido dos veces en fuerza y en valor, pero no se ha de decir que en generosidad me vences. Esa cadena que de tus manos recibo, será, desde hoy, blason y timbre ilustre de mi escudo, pero en cambio yo te daré la dorada espuela de caballero, que tan merecida tienes y que ambicionas tanto.

Un murmullo de aprobacion acogió estas palabras del rey, mientras Iñigo, llorando de emocion y de alegría pugnaba por arrodillarse para besarle la mano, cosa que de ningun modo admitió el monarca.

—¡Ah!.., ¡Si el viejo Tristan hubiera podido presenciar aquella escena, cuán grande hubiese sido su regocijo, cuán, verdadero su entusiasmo!

Desgraciadamente, no era posible. El veterano y valiente hombre de armas del Concejo de Pamplona, yacía en tierra, no léjos de la tienda del rey moro, y su frio cadáver no podia animarse, ni aun por tan fausto y feliz suceso.

Pero la actitud del viejo guerrero, demostraba lo que en vida fué. El viejo Tristan tenia hendido el cráneo de un hachazo, pero se hallaba muerto sobre el cadáver de un moro, y su mano derecha empuñaba todavía fuertemente la daga, clavada hasta el pomo en el pecho del infiel.

## XII.

Ha pasado un año.

Todo es fiesta y alegría en una hermosa casa del barrio de San Nicolás de Pamplona, donde se celebraban las bodas del noble caballero D. Iñigo Portillo con la hermosa doncella Blanca de Olano,

El rey ha apadrinado la boda del que acaba de nombrar su Alférez mayor, y que goza, con justicia, envidiable reputacion de bravo y prudente caudillo, probada en cien combates.

El desposado es completamente feliz; la desposada deja ver una ligera nube de tristeza que vela su pura frente.

Tal vez se acuerda del viejo Tristan, muerto gloriosamente en el campo de las Navas.

Pero las caricias de su esposo amado concluyen por disipar aquella nube, y la hermosa sonríe al dirigirse á la cámara nupcial en compañía del elegido de su corazon.

En aquella cámara, rica y lujosa, sobre un pequeño altar y bajo

un dosel de rojo terciopelo galoneado de oro, se ve una pequeña y tosca escultura de la Virgen María.

La recién casada, señalando aquella imagen, dice á su esposo, con voz apenas perceptible

—¿Te acuerdas?

—Sí; responde el antiguo curtidor. Ante ella hice el juramento de llegar por tu amor á lo que he llegado, y si ella me protege, más alto subiré para que conmigo subas.

—¡Ambicioso! murmura riendo Blanca.

—No por mí, Dios lo sabe, responde abrazándola su esposo. Quien por esfuerzo propio y por propio mérito se eleva, ántes aplauso que censura merece, Blanca mia.

—Cierto es, dijo ella; pero ¿y si envanecido con los dones de la fortuna llegases un día á despreciarme á mí, ó á olvidar la humildad de tu principio?

—Si tal desgracia me acaeciese, contestó el jóven, un amuleto tengo, que presto podría volverme á la razon.

Y abriendo una enorme arca labrada con primor, que en el aposento habia, mostró á su esposa *la cadena de las Navas*.

PEDRO GORRIZ

